

Libros del Asteroide



Ignacio Peyró

Qué hacemos con los domingos por la tarde

Apuntes sobre la vida adulta



Qué hacemos con los domingos por la tarde

Los domingos por la mañana se inventaron para leer la prensa y los domingos al mediodía para el esplendor, la gloria y el descorche — ¡pop! — de un buen aperitivo. Pero la vida es un sistema de compensaciones y tiene por tanto alguna lógica existencial que los domingos por la tarde se cobren tanto bienestar y decidan vengarse de nuestra felicidad con una residencia temporal en el tedio: según la gravedad del domingo en cuestión, a veces sus tardes son una incursión por los terrenos de la angustia o tan solo un adiestramiento en la desgana. Es, en todo caso, el día más pegajoso de la semana: cuando caemos en la cuenta, una vez más, de que no se ha cumplido esa promesa que lleva consigo cada viernes. He ahí una verdad autoevidente: los domingos por la tarde, de algún modo, resulta más difícil ser feliz.

Lo más prudente, un domingo por la tarde, sería encerrarse a leer en casa, aturdirse con una de esas siestas —siestas con babilla— que flirtean con el coma. Los domingos, sin embargo, tienen más bien la mala pata de cogernos esperando el último Ryanair en algún aeropuerto donde van a perdernos la maleta. Es también el momento de la vuelta en coche, con su porción de atasco y de absurdo en la autovía: el universo está en calma y, de pronto, la radio anuncia un gol del Eibar. El domingo por la tarde es el instante propicio para decirnos cosas terribles como «qué pronto se hace de noche ahora», porque —de alguna manera— los domingos por la tarde siempre tienen un sabor a otoño y a final, y este último domingo llegué a oír, de pasada, una frase que sonaba directamente ya a sentencia: «Mañana hay que madrugar». Los restaurantes que nos gustan están cerrados y —en ese espacio de indecisión entre los que se van y los que vienen— los bares de los hoteles están vacíos. La vida verdadera de los lunes nos parece todavía algo extraño, algo lejano, pero, al mismo tiempo, fatal e ineluctable. Esta certeza otorga a todo su espesa consistencia metafísica. Se supone que en el *sabbat* Dios descansó de su creación: el silencio de algunos domingos hace pensar, más bien, que Dios, simplemente, se desentendió del mundo. Tengo para mí, en fin, que casi todas las rupturas, casi todos los adioses, tienen lugar un domin-

go. También es cuando llueve de modo más hiriente, y esa combinación de domingo y lluvia puede llevar el desaliento a las almas más blindadas.

Quizá lo más llamativo del domingo por la tarde es su universalidad radical: ni todo el dinero del mundo lo evita, ni todos los placeres de este mundo lo ahogan. El domingo la orgía se marchita y el champaña pierde su burbuja. Uno se imagina a Julio Iglesias soltándose de los brazos de Vaitiare y a Hugh Hefner abandonando su fiesta para retirarse, en soledad, a meditar sobre la vida. El decaer es general, y en la isla —pura lujuria caribeña— de Santa Lucía, el Nobel Derek Walcott nos habla de la melancolía del domingo y de «esos pueblos en cuyas calles ocres duerme un perro».

Uno ha pensado que quizá la ONU podría tomar cartas en el asunto y hacer algo: que los domingos por la tarde caigan de modo aleatorio, por ejemplo, la mañana de un martes o de un jueves. Así jugaríamos al despiste con el abatimiento, pero entiendo que es difícil cuando ni siquiera hemos logrado abolir esa fábrica de depresiones que es el cambio de hora.

O quizá ocurra algo distinto. Quizá ocurra que, con el tiempo, lo que uno entiende es justamente que la vida consiste en aprender a navegar esas tardes de domingo. A rendirse ante la evidencia que nos dejan sus lecciones: que nuestra tristeza y nuestro gozo tienen más que ver con lo que anticipamos que con

lo que de verdad vivimos. Que son esas tardes de silencio las que dan brillo a esos mediodías en los que alguien dice «vamos a tomar algo por ahí». Que la alegría era un tono menor y no un ruido, una intimidad y no un espectáculo. Que nuestros afectos —esas visitas a los abuelos, esos torteles y pasteles y cumpleaños del domingo— nunca andan demasiado lejos de nuestras angustias. Y que la vida tiene sus dulces venganzas: durante años, creemos que la alegría está lejos de casa, hasta que el círculo se cierra y sabemos que no hay nada como un domingo en casa de tus padres.

Maneras de doblar la servilleta

Unos definieron la vida como «un valle de lágrimas» y otros como «una mala noche en una mala posada», pero no por eso parece causar un entusiasmo generalizado la idea de morirse, y reflexionar sobre nuestra condición de «seres para la muerte» es cosa que incomoda mucho a las visitas. Cuando, en el trance de su agonía, el filósofo Auguste Comte proclamó «¡qué irreparable pérdida!», alzó un monumento a la vanidad humana, desde luego, pero también resumió no pocos de los sentimientos comunes al pensar en esa primera noche en que, como escribió Foxá, «la luna brillará lo mismo / y ya no la veré desde mi caja».

Michel de Montaigne, encerrado en su torre, soñó con «recopilar un archivo comentado sobre las muertes diversas de los hombres». Rilke insistía en que cada uno iba madurando su propia muerte y nadie puede decir que el gran poeta no se aplicara en con-

secuencia: iba a morir tras el pinchazo de una rosa. Es notable cómo a veces, en efecto, las muertes cuadran con las vidas. El cocinero Carême murió mientras enseñaba a preparar unas *quenelles*, y un maestro de cava bordelés aún pudo adivinar, con un estertor postrero, el «Château... Lafite... 1970» que le habían dado a modo de viático (y que, dicho sea *en passant*, más que para confortar a un moribundo es un vino para resucitar a un muerto). Watteau, con su sensibilidad rococó, todavía pudo espantarse del crucifijo mal pintado que le acercaron en su hora de agonía y San Juan de la Cruz pidió que le ahorrasen las tiradas más penitenciales de los salmos y saltaran directamente a los versículos desatados de amor de *El cantar de los cantares*. Sí, hay personalidades que son hasta el final lo que se espera de ellas, como si quisieran que su adiós fuera un resumen de lo que han sido. No siempre para bien: cuando un soldado le ordenó quitarse la ropa, Himmler le gritó irritado un «¡Usted no sabe quién soy yo!». Y, vanidoso hasta el final, Murat pidió a sus ejecutores que no le dispararan, por favor, a la cabeza: antes muerto que despeinado. A veces las agonías no solo definen a los hombres, sino a las épocas, y en la comparación de las muertes de Austrias y Borbones puede leerse algo sobre la Historia de España. Felipe III se pregunta «¿De qué me ha servido tanta gloria si no es para tener mayor tormento en la

hora de mi muerte?», mientras que Alfonso XIII, a la castiza, se limita a constatar: «Estoy hecho polvo».

Pocas muertes, con todo, a la altura de la de Ronald Knox, teólogo excéntrico, poeta en latín y traductor de la Biblia. Cuando le ofrecieron leerle fragmentos de su versión para aliviarle el tránsito, él rechazó la propuesta cortésmente: «Oh, no, cielos. Pero es una idea muy graciosa». Tan templado hasta el final, no se sabe si Knox refuerza la vieja idea que hace contiguas la santidad y la buena educación. Pero sí parecería demostrar aquello por lo que Montaigne quiso compilar su archivo de «muertes diversas»: para ilustrar que enseñar a vivir y enseñar a morir son una y la misma cosa. Y sin embargo...

... Sin embargo, hay algo casi festivo en que la muerte tenga sus incoherencias y disparates e ironías. Y uno no le querría quitar a Montaigne ni una brisa de razón, pero no siempre es fácil cohonestar las muertes con las lecciones éticas. En vista de las últimas palabras de un poeta enérgico y sublime como Paul Claudel — «doctor, ¿cree que ha sido el salchichón?» —, cabe preguntarse si en todo hay moraleja o a veces hay una providencia que se lo pasa bien con nuestro absurdo. A un comecuras como Diderot su mujer le advirtió que no se merendara un albaricoque: «Pero, ¿qué daño puede hacerme?», preguntó el *philosophe*. Tras morder el albaricoque, cayó muerto de un ataque

al corazón. Pero también un papa como Juan Pablo I se despidió con un «hasta mañana, si Dios quiere» para amanecer salami en su cuarto al día siguiente.

La muerte no es ajena a la ironía: el propio Montaigne, que murió sin terminar su archivo, parece probarlo. No sabemos ni el día ni la hora: no lo sabía, sin duda, aquel tipo —una de las muertes más pasmosas que recuerdo— que, al salir del autobús, vio cómo su foulard quedaba atrapado entre las puertas. De modo que quizá, más que filosofías, lo único que podamos en verdad pedir para la muerte está en aquellos versos que citaba Joan Perucho: «No me deis amor, / que no sacia, / dadme alegría / para morir». Y después, doblar la servilleta mansamente.